

KALIMBAS, ARRULLAN MIS SUEÑOS

En la lejanía suenan los kora y los djembe, los mismos que tocaron mis antepasados, ellos junto con las kalimbas ancestrales me arrullan, mientras agotada por el cansancio del trabajo, me dejo adormecer con el sonido maternal de estos instrumentos. Vivo en Bignona, un pequeño pueblo, que fue antigua capital de la Casamance, en Senegal. Mi casa es una típica “diola”, construida toda de arcilla, con techo de paja, y mi gran sueño era el de ser médico. Quiero ayudar a mi pueblo, quiero curarlos de todas las enfermedades que los agobian. Por años he luchado para que ese sueño se haga realidad y por fin lo he logrado. ¡¡¡Soy médico!!! Exclamé, el día en que una universidad francesa me concedió el título.

Ahora ya puedo regresar a mi pueblo, yo nunca lo he abandonado. Vuelvo a la casa paterna donde viví años de alegría, luego de tristeza, cuando mi padre se negó a enviarme más a la escuela. Argumentaba que las mujeres debíamos estar en la casa, haciendo todos los quehaceres, lavar la ropa en el agua que se traía del pozo, otras veces en el río, cocinar para mis hermanos pequeños, limpiar y, además, cuidar el poco ganado que teníamos.

Mi madre estaba enferma y mi padre obcecado, también enfermo pero de malas ideas y empeñado en no dejarme volver a mi querida escuela a donde iba con mis primos y mis amigos. Éramos tan pocas las niñas que íbamos a la escuela que podría contarlas con los dedos de mi mano y sobraban. Ahí aprendí a amar a los libros y al maestro que con paciencia me enseñó todo lo que sé. Fui yo la primera de mi familia que aprendió a leer y a escribir. Qué orgullo sentí en ese momento, cuando con letra temblorosa garabateé una carta para que mi tío la firmara. Él tenía un proyecto y quería plantearlo al señor Prefecto, máxima autoridad de nuestra aldea. Ninguno de mi familia sabía hacerlo, yo era tan joven y, además, mujer...

Convencí a mi padre, vinieron años de sacrificios, cuando iba andando cinco kilómetros de ida y cinco de vuelta al pueblo en donde quedaba mi escuela secundaria. Luego de tanto luchar gané una beca para irme a Francia. Cuando hice mi recorrido hasta Dakar, la capital, pensaba ¡por fin lo estoy logrando! Así dejé atrás lo que había sido mi mundo, hasta ese momento, pero me llevé conmigo todo ese bagaje cultural que me niego a abandonar. Yo soy del continente perdido, del pueblo de los Lebou, donde el color carne es marrón oscuro, conservo mi lengua y mis tradiciones puras y antiguas de las que estoy muy orgullosa.

Mi familia y mi aldea me llamaron traidora, pero yo los apaciguaba con las cartas extensas que enviaba al maestro de mi escuela primaria, quien se encargaba de decirles